

real imaginario en que la poesía del autosacrificio canta el gran sarcasmo de los límites. «En el tema poético de Rimbaud, escribe H. Friedrich, penetra cada vez más una excitación que impele hacia lejanías imaginarias. La necesidad de lanzarse a “lo desconocido” le hace hablar, como a Baudelaire, del “abismo del azur”. Esta altura, que es a la vez el abismo de la derrota —*manantial de fuego, donde mares y fábulas se encuentran*—, está poblada por ángeles. Pero los ángeles son puntos de luz y de intensidad, signos, que a un mismo tiempo relampaguean y se apagan, de aquella altitud, de aquella lejanía, de una inconcebible superabundancia; a pesar de todo, son ángeles sin Dios y sin mensaje.» Es el fenómeno que el mismo Friedrich denomina, con acierto, «irrealidad sensible». Hacia ella y contra ella vuela y dirige el *bateau ivre* sus ímpetus. «El barco evoca un breve idilio, de un niño que, entre los personajes del anochecer, juega junto a un pantano —dice H. Friedrich—. Pero ello sólo es un sueño que ya no tiene remedio, porque la nave ha respirado la amplitud de los mares y los archipiélagos de estrellas y se sabe perdida para la mezquindad de Europa. De la misma manera que en la calma del inicio quedaba absorbida la sacudida, en la calma del final se encierra la aniquiladora expansión de las estrofas anteriores. *Es la calma del no poder ya más, del naufragio en el infinito, así como la ineptitud para la limitación.*»

En suma, si la razón operativa, como vehículo de polarización cultural inevitable, se degrada en los límites del ser, de las apariencias, el poeta todavía puede intentar reconstruir la *irrealidad sensible* —lo omnicomprendido— con su imaginación desbordada, aunque corriendo el riesgo, como Rimbaud, claro, de extinguirse y de perecer.

La realidad trascendente invisible, presente en el dintorno metafísico de la visión como lo inconmensurable-desconocido-dado ahí, no puede ignorarse. He aquí unas reveladoras palabras de J. Dewey: «Herbert Spencer daba a veces color a su devoción por las experiencias simbólicas con un hecho de experiencia directa. Cuando dice que todo hecho tiene dos lados opuestos, “uno, el lado cercano o visible, y el otro, el lado remoto o invisible”, da expresión a un rasgo persistente de todo objeto de experiencia. Lo visible está asentado en lo invisible, y a la postre lo que no se ve decide lo que sucede en lo que se ve. Lo tangible descansa inestablemente sobre lo no tocado ni asido. El contraste y el desajuste potencial de lo inmediato, la base notoria y focal de las cosas, son esos factores indirectos y ocultos que determinan el origen y el curso de lo que está presente, son rasgos indestructibles de todas y cada una de nuestras experiencias» (5).

De todas formas, por uno u otro camino, a través de la reflexión

---

(5) *La experiencia y la naturaleza*, p. 42. Ed. F. C. E. México.

psicológica, filosófica o poética, se nos hace patente una cuestión inusitada: lo desconocido no está detrás, sino delante, y aunque los hombres no sepan o no quieran verdaderamente aprehenderlo, mancharse en la angustia primigenia de este conocimiento, saben de alguna manera que está ahí y que tienen que contar medular y metafísicamente con él.

Una de dos, pues: o bien afirma el hombre la presencia actual de lo desconocido explícitamente, resolviendo sus dudas en un mito cosmogónico o de cualquier otra especie, o bien acepta implícitamente los contornos de su problemática constitución metafísica existencial desentendiéndose de ella, suspendiendo el ataque frontal a la misma. La praxis humana en modo alguno permite la fragmentación del cuadro universal de la totalidad omnicomprendiva reduciéndolo a un problema histórica y racionalmente resuelto de antemano. Toda comunidad de seres vivientes sabe que lo desconocido está y actúa ahí y que no hay angustia que pueda entorpecerse ni solución milagrosa que pueda ampararla suprimiendo el sentimiento trágico de su vida.

Tenía razón Claudel. Pocas cosas puede percibir el hombre humano más nítidamente que la presencia, a su alrededor, de la Nada. Mas, combatiendo con esa Nada, ¿no se retrata, de cuerpo entero, como infatigable productor de realidades? ¿No será ése el fondo estable sobre el cual se destacan, cuotidianamente, los trabajos de la voluntad? Lo curioso es que hay circunstancias imprevisibles, concretamente históricas, en que la nada se traduce en un elemento líquido vasto como el océano. En que la nada puede anegar a un extraviado marinero argonauta de los siglos xv o xvi. Y no queda ahí todo, por cierto. Lo más raro del caso, empero, radica en que, como consecuencia imprevista de la aparición de una tierra nueva *nunca jamás hollada*—así dice Camões—, desmesuradamente impropia, inconcebible en su ilimitación e inabarcable de una sola mirada, el descubridor transfiere del mar a la tierra la consistencia espiritual de ese sentimiento—vivencia de naufragio en la nada—que tan vivamente le sacude ya en plena travesía.

Estamos en camino de explicarnos el perentorio menester de los arriesgados descubridores: proveerla rápida y eficazmente de nombres, *nombres* de doble función salvadora y reconciliadora.

El conquistador del Nuevo Mundo—quedó indicado en otro lugar—*es el descubridor de la nada*. Dedujimos esta posición axiomática de otra proposición generalizadora, que dice: *Colón es el descubridor de la incógnita del Nuevo Mundo*. Añadir, por ello, que estamos en presencia de unos *colones-des-cubridores-de-la-nada* no es expresar, en forma cándida o confusa, una tosca idea ornada de literatura, de sugerente filosofía. No hemos elaborado un andamiaje teórico para justi-

ficar el texto claudeliano, sino seleccionado este texto para evaluar una situación que bien podría depurarse intuitivamente gracias al lujo de la expresión literaria. No creemos tampoco que Claudel estuviera inventando a Heidegger cuando confrontaba a sus arrojados argonautas con la Nada, en su famoso drama. Nosotros mismos no hemos hecho caso para nada de las teorías heideggerianas.

5. Desde el punto de vista metodológico, nuestras hipótesis se refieren sólo a una actitud inquisitiva que se hace cargo, como cuestión previa, en el mismo punto de partida de la investigación, de determinados presupuestos críticos inherentes a cualquier forma de conocimiento deductivo. Sin ningún rodeo, partimos de nuestra ignorancia teórica de lo que sea América. Puesto que no hay otro modo posible de constituir sobre sólidos fundamentos científicos el núcleo sistemático de su estudio, se reconoce, se confiesa, por inclinación sencillamente metodológica, ignorar qué sea América. Poder llevar a cabo su descubrimiento como *objeto* de la reflexión intelectual y de la teoría científica, he aquí, en fin, nuestra meta.

Distinguimos, por tanto, en el plano significativo de la palabra simbólica «América», dos niveles diferentes. Según el primero, como «objeto» del mundo real, «es» un nombre de contenido inmediatamente intuible. Dado que el objeto responde a la señal de «su» nombre, se da por descontado que el contenido de éste es justamente el de aquél, que lo «revela». Carece entonces de misterio. Conocemos el ente porque *su* nombre nos está revelando o diciendo, a cada paso, qué es. Según el segundo nivel, en cambio, el *nombre* nos hace pensar en la realidad del objeto en cuestión como en la de una *forma* cargada probablemente de contenido significativo. No podemos decir aún, sin embargo, lo que este contenido significativo probable represente válidamente. Pues primero tenemos que separar el objeto sensible «percibido» y discernir en qué punto el *síndrome onomástico* se traduce como un símbolo que entrañe una toma de aprehensión intelectual—inteligible—del momento sensible.

Para decirlo resumidamente. El objeto sensible que significa para el mundo «América» debe ser escindido de su forma inteligible, que lo transformará en contenido susceptible de portar una significación. Como objeto del mundo, América es un dato inmediato (sujeto por ello mismo a error) de una realidad culminante. Por el contrario, como objeto de discriminación intelectual, un contenido probablemente dotado de carga significativa evaluable. Resulta imposible, sin embargo, llevar a feliz término esta operación epistemológica si no se comienza por verificar o establecer las condiciones históricas en que el símbolo «América» viene a confundirse erróneamente con la «esencia en sí»

del objeto formal significado, y queda de tal suerte, este último, *invisible en su incógnita*; aquél, convertido en un simple valor de uso, de mera utilidad ideológica.

Es preciso, pues, mirar ante todo lo que aparece en la conciencia del descubridor, a fin de describirla minuciosamente, reestructurando el flujo total de la vivencia (*Lebenswelt*). Segundo, tenemos que aprender a apuntar, mirando hacia ello a través de la conciencia de aquél, en la dirección de lo que aparece ahora en la propia conciencia del observador reflejante de la vivencia. Pues así como hay un sujeto ingenuo establecido entre las cosas, en sí mismo, portador de los términos de la relación—sujeto incapaz de intercambiar con los innumerables mensajes del mundo otra contraseña mejor que la que viene implícita en la respuesta-envoltura de su conducta colectiva—, también suele observar el historiador, frente al acontecer temporalizado, idéntica parcialidad inobjetable. Es decir, también cae enredado entre los hilos de su propia interpretación personal del mundo. Por lo pronto, no discierne la distancia conceptual que lo separa, primero, del hecho observado por él a través de la conducta social, colectiva, de los descubridores: atraído por gestos y visajes, se declara ya en favor, ya en contra de ellos, base subjetiva, sobre la cual edifica su propia «historia». Segundo, ignora la distancia que lo desglosa de los actos de un sujeto histórico que está viviendo esos actos, sus actos, sumergido en el flujo de una vivencia total; es decir, no ya frente a una conciencia del acto, sino al revés, suponiéndola como invisible soporte total de la misma. Para disociar, pues, con éxito los focos del observador y del sujeto observado, que tienden a confundirse en una misma e indistinta argamasa, hay que reconstruir, gracias al análisis hermenéutico, la estructura de la vivencia en su totalidad. El historiador no podrá mostrar su preferencia, sino *a posteriori*, después de haber demostrado al lector que el estilo de su conducta ha sido puramente instrumental.

No será declarándose o en favor o en contra de la actuación unilateral de los descubridores-conquistadores como asegurará la certidumbre del conocimiento. Aunque para resguardarse de toda crítica ulterior pretenda haberse puesto al amparo de un ajuste ideológico tan amplio como sea posible. Tachar o ignorar la historia en función de un concepto moral, es absurdo. No se puede conocer a los conquistadores como bestias destructoras; tampoco se les puede conocer, enalteciéndolos esta vez, como ángeles constructores. El comienzo de la tarea, lejos de radicar en un acto de preferencia moral insobornable, del que se derivaría con justeza toda una construcción cognoscitiva intachable, entraña otra cosa. Historiador es aquel que aprende a ver los hechos ocurridos en el pasado de manera tal que no pueda juzgarlos por sí